

PÉREZ TORRES, SU ESTANCIA EN BAZTAN Y SU RELACIÓN CON EL PINTOR CIGA

Pello FERNÁNDEZ OYAREGUI

pellofernandezoyaregui@gmail.com

El excelente pintor tudelano, Miguel Pérez Torres, en los comienzos de su carrera artística entabla relación con su admirado pintor Ciga, que le invita en 1918 a una estancia veraniega en Baztan, de la cual surgirá una fecunda relación artística y una, síntesis de amistad y trabajo, que se plasmará en el magnífico retrato que Ciga le pinto y que analizamos en este artículo. Así como otros temas y obras que marcaron el inicio de la carrera pictórica de Pérez Torres y su posterior evolución.

BREVE APUNTE BIOGRÁFICO

Miguel Pérez Torres, nació en Tudela el 8 de mayo de 1894, en el nº 2 de la castiza calle de la Cárcel Vieja, tanto sus padres como su familia procedían de la cercana localidad riojana de Cervera. Los orígenes familiares fueron humildes. en torno a un negocio de almacén de frutas y alejados del ambiente artístico, así como su adolescencia y sus primeras relaciones laborales en una ferretería y en la entidad bancaria del Crédito Navarro. Sus comienzos con el dibujo fueron totalmente autodidactas, aunque es de suponer la influencia de su predecesor y gran pintor tudelano Nicolás Esparza (1873-1928), nacido veinte años antes.

De esta manera, 1918 se convertiría en una fecha clave en su devenir artístico, con su estancia en Baztan con Ciga, que es el objeto de este artículo.

Una vez tomada la decisión de dedicarse por completo a la pintura, iniciará un sólido proceso de formación que discurrirá paralelo a su quehacer expositivo y pictórico. Entre 1920 y 1926 es becado por la Diputación Foral de Navarra e inicia su aprendizaje, en la Escuela de Bellas Artes y Oficios de Barcelona, con el afamado pintor valenciano José Mongrell, quién años más tarde hizo un encendido elogio de la pintura del pintor tudelano. En 1925, comenzó su formación en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, siendo discípulo del gran renovador de la enseñanza artística Francisco Alcántara. Todo ello, lo completará con las asiduas visitas al Museo del Prado para ver y estudiar la pintura del barroco hispano y sobre todo las figuras de El Greco, Velázquez y Goya. Muy importante fue su participación en las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes en Madrid, en 1922 obtuvo una medalla de tercera clase con su obra "La confesión del capuchino", en 1919 y en 1921 expuso en Madrid y en 1924, en el teatro Olimpia de Pamplona.

En la década de los 30 y 40, inicia su dedicación a la enseñanza en los Institutos de Segunda Enseñanza de Tudela y Pamplona y en la Escuela de Artes y Oficios de esta ciudad a partir de 1941. Si bien su tarea de magisterio artístico tanto con jóvenes como con los futuros pintores fue muy importante, ello redundó en una disminución de su actividad pictórica. En 1950, concluiría su carrera artística con la exposición en los salones de la Diputación Foral. Fue un hombre bueno, austero y poco sociable, delicado de salud, frágil, que padeció numerosas crisis nerviosas y que murió en Pamplona relativamente joven, un 14 de abril de 1951, a punto de cumplir 57 años.



Miguel Pérez Torres hacia 1918.



*Exposición de Pérez Torres en la sala
Castel-Ruiz de Tudela, 1925.*

LA ESTANCIA DE PÉREZ TORRES EN BAZTAN Y SU RELACIÓN CON EL PINTOR CIGA

Podemos hacernos la pregunta del porqué fue Pérez Torres en el verano de 1918 a pintar con Ciga a Baztan. Era en ese momento un joven de 24 años que tras pasar por oficios diversos, se iniciaba en la pintura de manera autodidacta y como terapia para vencer sus crisis nerviosas y neurasténicas que le sumían en una profunda melancolía. Así pues, la estancia en Baztan con Ciga, marca el inicio de su carrera pictórica. No es el pintor tudelano un alumno típico del gran maestro Ciga, sino un admirador a quién se dirige para que le acompañe en estos inicios y guíe estos primeros pasos pictóricos en torno a géneros como son el retrato, tipos populares y costumbrismo y paisaje, dentro de una concepción estética del realismo y naturalismo velazqueño y goyesco. Por lo tanto, esta fecha marca el comienzo pictórico, de lo que luego será la importante carrera de Pérez Torres.

Ciga, por estas fechas era un artista consolidado que estaba en el punto álgido de su carrera pictórica, reciente estaba el triunfo parisino y su inclusión en el centro expositivo más importante a nivel mundial, como era el Salón de Primavera de París, donde expuso su obra maestra *El mercado de Elizondo*. Posteriormente participó en las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes de 1915 y 1917, con sus grandes obras *Chacolí* y *Un Viático en Baztan*, así mismo se había revelado como el mejor retratista de la pintura navarra de este tiempo y continuará en las siguientes décadas dando sus mejores frutos en este género. Retrató a la burguesía navarra que demandaba este tipo de obras para efigiar y dejar constancia de su importancia social, además de decorar sus ricas estancias donde estos retratos daban fe del estatus del retratado.

Uno de los valores de Ciga era el de preparar el itinerario formativo de sus alumnos, en el que un paso fundamental era la Academia de Bellas Artes de San Fernando, el Museo del Prado y las Exposiciones Nacionales, y es precisamente este itinerario el que siguió Pérez Torres, a quién seguramente también

aconsejó la formación internacional en París, que en este caso no la pudo realizar. Además, siguió sus consejos a la hora de realizar las exposiciones en Madrid en 1919 y 1921 (sala de la calle Hortaleza), que tan bien conocía Ciga ya que había vivido allí mismo durante dos años así como la participación en las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes. De igual manera, le animó a tomar parte en el mismo año 1918, en la exposición del primer Congreso de Estudios Vascos en Oñate, donde expusieron los grandes nombres de la pintura vasca y Pérez Torres presentó sus tipos tudelanos.

GÉNEROS PICTÓRICOS:

1. RETRATO

En la variedad de temas ejecutados por Ciga, es el retrato por su maestría, significación e importancia uno de los pilares de su carrera pictórica, haciendo una gran aportación en este exigente y difícil género, cuidando especialmente el entorno o el contexto, es decir, todos aquellos objetos, actividades, profesión, estatus, indumentaria, símbolos, etc., que nos pueden dar idea del efigiado y que completan su tratamiento integral. Además de esto, las dos características que mejor definen el retrato de Ciga son, por un lado, la fidelidad del natural, la dignidad con la que trata al retratado y por otro, la captación psicológica. Con ser importante la fachada física, no se queda ahí y horada en el interior del ser humano, hasta llegar a sacar el alma del retratado, Como decía Anatole France: "Un buen retrato es una biografía pintada", y esto es lo que hacía Ciga, al incorporar todos aquellos detalles que pueden relatar las diversas facetas y vicisitudes del retratado, en un compendio de vida que conforma el retrato.

El retrato de Ciga de influencia posromántica, se caracteriza por sus fondos neutros pero matizados, de colores generalmente pardos, donde el autor concentra toda su atención en los rasgos físicos y psíquicos del retratado, resaltando por medio de la luz, rostro y manos, y poniendo énfasis en una mirada profunda que se convierte en protagonista de la obra, al mismo tiempo que conecta con el espectador. Todo esto lo heredará Pérez Torres en su quehacer retratístico y en sus tipos populares..

En la estancia veraniega en Baztan, Ciga le presentó a quién era una de sus admiradas modelos, Dolores Sánchez, mujer que aunaba una extraordinaria belleza con una potente expresividad. Pérez Torres la retrató en dos ocasiones, primero y a modo de boceto preparatorio, realiza un busto al óleo de 39 x 27 cm, titulado "Dolores", de dibujo firme y seguro, ejecutado con gran corrección, a través del cual, explora las potencialidades expresivas del rostro, culminándolas en la obra definitiva.

Retrato de doña Dolores Sánchez en Elizondo. Se trata de un lienzo de gran formato vertical (160 x 124 cm), que constituye la primera gran obra al óleo, ya

que anteriormente había realizado dibujos al carboncillo, al pastel y algunos primeros bustos al óleo. Destaca la rica ambientación exterior, donde aparece la retratada en una postura ladeada, pero volviendo su rostro al frente para interactuar con el espectador. Elige para su ejecución, un punto de vista bajo, para realzar así la figura que emerge de la parte inferior donde se representa un paisaje montañoso de gran oscuridad, con una línea de horizonte bajo que se va aclarando hacia el fondo dando paso a un sugestivo crepúsculo y culminado por la negritud del celaje que presagia las persistentes lluvias de Baztan. Todo ello, le da un ambiente y profundidad espacial muy sugerentes de tintes románticos y simbólicas.

La figura aparece firme y erguida, bien colocada en este bello entorno natural, se recrea en el preciosismo del adorno floral, o el colgante con medalla. Concentra toda su atención en el rostro que es el que capta la luz, que contrasta con algunas sombras construyendo un realista relieve facial. Destaca su rubia cabellera, con un elegante recogido, pero sobre todo, incide en su magnética y profunda mirada de ojos azules. Todas estas características nos retrotraen a la retratística de Ciga del cual recibe gran influencia. Quizá en esta obra de juventud, se aprecia cierta rigidez, así mismo obvia la dificultad de representar las manos, que las recoge detrás de la figura.

Bien podemos considerar esta obra como el inicio en serio de su carrera pictórica, que en opinión de José María Iribarren es la mejor etapa, ya que el constante estudio del arte, el empacho de técnica, y el afán de perfección, hicieron disminuir posteriormente su calidad pictórica. Así lo manifestó en su magnífico artículo sobre el pintor, en el nº 86 de la revista Pregón que decía así: "Cuando Miguel pintaba por instinto y a su aire ... iba camino de la genialidad. Pero cuando aprendió a pintar y a dominar las reglas de su arte, cuando trató de parecerse a Goya, cuando compró libros y empezó a torturarse con los problemas de la luz y el color, calidad, composición ..., su arte perdió fuerza y frescura".

2. TIPOS

Ciga pintó esos tipos raciales, donde el "tipo" adquiere valor de arquetipo es decir, sintetiza todos los rasgos que definen a la colectividad. Su labor se centró en plasmar los rasgos físicos, acompañándolos de una indumentaria específica, pero también de un carácter y unas señas de identidad, acuñando esa tipología de "vasco". Esto produjo una gran influencia en Pérez Torres, que aplicará esta misma receta recreando el "tipo ribero", aquellos labriegos de la Mejana y tipos populares con una apariencia ruda y tosca creando un tipo de gran nobleza y esencialidad como son: *El Cristero*, *Mataratas*, *El Malagueño*, *Juanillo* (padre del pintor), *Entre pite y pite*, *Hortelano con azada* etc. Algunas de ellas, constituyen verdaderas joyas pictóricas de la colección del Ayunta-

miento de Tudela

Por indicación de Ciga, se acercará al grupo étnico de los agotes, que con carácter residual, se encontraban en el barrio de Bozate (Arizkun). Presentaban características físicas propias, una infundada leyenda negra, fueron objeto de exclusión. Pérez Torres lo plasmó con gran cariño y naturalidad en su cuadro titulado en el ángulo inferior derecho "Agote de Bozate". Óleo / lienzo. 50 x 40 cm, que denota la influencia de Ciga en su famoso cuadro "Alkatia". En esta obra hace todo un estudio etnográfico y psicológico de este personaje de gran fuerza y magnetismo.



M. Pérez Torres. Dolores, óleo sobre lienzo, 1918.

3. PAISAJE

No hemos encontrado paisajes de Baztan en la obra de Pérez Torres, que seguro los habría pintado del natural con una visión *pleinarista*, fiel a la realidad e impregnado de ese bucolismo de montañas sinuosas, verdes multitoneales y luces tamizadas para posteriormente pasar a su paisaje tudelano: árido, seco, austero, de sol incandescente, donde se recortan las siluetas de las montañas bardeneras o el omnipresente Moncayo.

DE PINTOR A PINTOR. EL RETRATO DE CIGA A SU AMIGO PÉREZ TORRES

En este retrato no estuvo sometido el pintor a los imperativos del encargo con la rigidez e imposiciones que ello conllevaba, sino que es expresión de un co-

nocimiento del retratado y de sentida amistad, sacando así lo mejor del retratado y del propio pintor. Ello le da otra dimensión a estos retratos que voluntariamente hizo a sus amigos. Contamos con el antecedente de otro retrato a otro amigo pintor, el granadino José Pérez Ortiz, realizado en París en 1914, cuatro años más tarde realizaría este retrato a su amigo, el pintor tudelano Pérez Torres.



M. Pérez Torres. Retrato de doña Dolores Sánchez en Elizondo, óleo/lienzo, 1918. Museo Navarra.

Con esta obra se aleja de la sobriedad y rigidez de los retratos decimonónicos, para incorporar un colorido y ambientación que le dan mayor naturalismo, constituyendo un ejemplo de un retrato más moderno acorde con las nuevas influencias de la retratística internacional. Se trata de un óleo sobre tabla de formato cuadrado de medidas 51 x 51 cm, propiedad del Ayuntamiento de Tudela, pintado en 1918, firmado en el ángulo superior izquierdo y rubricado con la dedicatoria: A MI QUERIDO AMIGO MIGUEL, prueba de la sólida y sentida amistad entre ambos pintores, que la reflejará en el naturalismo y cariño que puso en su ejecución. Esta obra supone una ruptura con los retratos de aparato tan frecuentes en el siglo XIX, en los que predominaba la imposición de cánones, la idealización del retratado, en definitiva frialdad y alejamiento. Todo ello, fue sustituido a finales de ese mismo siglo por lo que denominamos el retrato elegante, caracterizado por los ricos aditamentos, vestimenta e interiores que realzaban al retratado, sin embargo Ciga, con esta obra en la que efigia a su amigo, quiere hacer un ejercicio de naturalismo y de acercamiento, haciendo una verdade-

ra interpretación psicológica llena de espontaneidad y de afecto.

Se trata de un busto, en el que el retratado aparece de frente en primer término y en el centro de la composición, pero ligeramente ladeado para romper esa frontalidad. En esta obra subyace una excepcional corrección dibujística, bien ejecutada, con pincelada minuciosa en el tratamiento anatómico, que se contraponen con las atrevidas manchas de color del fondo. La luz incide directamente en el rostro, consiguiendo un modelado perfecto y rotundo, por medio de sutiles juegos de luces y sombras. La parte del pómulo derecho del rostro, es un claroscuro que modela el relieve facial haciéndolo completamente real y sombreando con gran realismo barba y bigote. El cabello oscuro y poblado recorta frente y sienes. Los ojos y la mirada, son objeto de especial atención haciendo aflorar su rico mundo interior y sensibilidad del retratado, y conectando con el espectador. La gama cromática del traje de tonos marrones claros, le da calidez y armonía y contrasta con el negro de la corbata y blanco de la camisa de cuello corto y redondeado con efectos escultóricos. Ciga aporta un plus en esta obra, resaltando aquellos aspectos psicológicos que definen al personaje como son: ese aire melancólico, su carácter retraído, delicado, sensible y pensativo. Ciga en su concepto del retrato seguía a Federico Madrazo que decía así: "Para que el retrato lo sea verdaderamente, es preciso que no sólo se parezca al modelo, sino que tenga su carácter, es decir que no sea el retrato, sino el mismo retratado".

Si bien todo lo analizado hasta ahora tiene gran importancia, una de las grandes originalidades de esta obra es el tratamiento de los fondos, que le confieren un aire especial, huyendo de aquellos fondos neutros que ya se habían quedado obsoletos. En la parte izquierda coloca un paisaje montañoso de tonos malvas y morados envueltos por un bello crepúsculo en tonos rosados con la utilización del amarillo de Nápoles. Pero el elemento principal es la hojarasca multicolor del árbol que coloca en el centro, construyendo un armónico y modernísimo fondo que roza la abstracción, creando una atmósfera cálida de colores fauvistas que envuelven al personaje y le dan viveza al mismo.

VALORACIÓN FINAL

En definitiva, la corta pero fecunda estancia de Pérez Torres con Ciga en Baztan, sellará una profunda y sentida amistad que se irá confirmando a lo largo de sus vidas en torno a la pasión por la pintura que ambos profesaron. Este fructífero encuentro entre estos dos artistas, marcará el inicio de la obra del gran pintor tudelano, poniendo las bases de lo que fue su posterior carrera pictórica. Además compartieron una meritoria labor de magisterio artístico, siendo *Maestros de Maestros*, lo que hará que sus sombras se alarguen en posteriores generaciones.



Javier Ciga. Retrato del pintor Pérez Torres. óleo sobre tabla, 1918. Ayuntamiento de Tudela.

nº 60 julio 2021

164
PREGÓN

Pérez Torres, excelente persona, tuvo una existencia complicada, debido a sus crisis nerviosas, carácter enfermizo con distintas dolencias entre ellas su colitis crónica, los problemas cardíacos etc. Era carácter difícil, muy religioso, educado, apocado y ensimismado, lo que le hizo ser una persona encerrada en su mundo y con pocas habilidades sociales. Muy amigo de sus pocos amigos, con los que gustaba hacer tertulias sobre lo divino y lo humano, con un toque irónico y humorístico a mitad camino entre la filosofía y la mística, pero muy pegado a la realidad, donde sacaba a relucir sus "tudelanerías", que le daban su peculiar gracejo.

Por encima de todo fue un magistral pintor y sobre todo buena persona, sencillo, austero y frugal, lejos de las fatuas vanidades que a menudo acompañan a los artistas. En definitiva, en palabras recogidas por Iribarren en el anteriormente citado artículo, el propio Pérez Torres dijo así: "Yo le pido a Santa Ana que en el cielo me reserve un sitio apartado, un rincón. A mí me basta con un banco y un cigarico. No quiero más".

PREGÓN

El autor es historiador del arte y Presidente de la Fundación Javier Ciga.

M. Pérez Torres. Agote de Bozate, óleo/lienzo, 1918.

